

Los exiliados y la política nacional

por José María CALDERON RODRIGUEZ

La lucha social argentina, del Corobazo a la toma del poder por los militares, al mismo tiempo que precisó sus objetivos estratégicos, sugirió una multiplicidad de opciones tácticas que, a la larga, generaron un movimiento socialmente muy amplio y vivaz; pero políticamente muy fragmentado.

En el país de América Latina que antes que ningún otro de la región alcanzó una sofisticada dimensión urbana e industrial, se planteó también uno de los enfrentamientos económicos y políticos más violentos. A la capacidad y fuerza de las organizaciones de los obreros fabriles, los patronos internacionales respondieron con una política de reajustes y despidos masivos; a las orientaciones nacionalistas de la extendida pequeña y mediana industria, las empresas transnacionales replicaron con un proyecto de desnacionalización e internacionalización de la empresa; a los objetivos de la vía Perón-Cámpora, se ha tratado de oponer un proyecto de Estado-empresa, a través de la militarización del poder y de la sociedad y la propagación de las orientaciones económicas de los grandes organismos de financiamiento internacional.

La resistencia social que los argentinos presentaron para evitar la consolidación del modelo económico y político transnacional, aún no ha sido evaluada en toda su extensión y profundidad, como tampoco lo ha sido el proyecto que allí se instauró a partir de 1976. Dos datos sociales nos muestran, sin embargo, el precio del cambio: 50 mil víctimas muertas y desaparecidos y aproximadamente medio millón de argentinos en el exilio.

Más allá de las cifras económicas o de los análisis políticos, el desgarramiento social provocado por la represión militar y policíaca, la tortura y los fusilamientos, las detenciones y allanamientos, las deportaciones masivas a campos de concentración, los asesinatos y desapariciones, dan cuenta de un fenómeno político que está lejos de haber sido comprendido cabalmente.

Gulag y Prisionero sin número, Auschwitz y Rawson, son expresión de una realidad contemporánea de la que ninguna nación —dados los niveles que ha alcanzado el enfrentamiento entre las clases— se encuentra indemne.

Aunque repartidos por el mundo, un número importante de argentinos, como también chilenos, colombianos, peruanos, bolivianos, paraguayos, brasileños y, recientemente, salvadoreños y guatemaltecos, han encontrado refugio en México, un país históricamente respetuoso del derecho de asilo político y abiertamente solidario con las luchas independentistas y populares de los pueblos de América Latina y el mundo. La Nicaragua de Sandino ayer y la Nicaragua sandinista hoy, la España republicana, la Guatemala de Arbenz, la Cuba de Fidel, el Chile de Unidad Popular, El Salvador y Guatemala han obtenido el apoyo de una nación que por su peculiar geografía e historia, ha sido objeto de

repetidas intervenciones provenientes de potencias foráneas. Los exiliados, procedentes de los más distintos rincones de América Latina, han contribuido y contribuyen, con su propio patrimonio histórico y cultural a la consolidación de nuestra cultura y a la conformación, en México, de una conciencia latinoamericana que no tiene precedentes.

En días pasados, la prensa nacional destacó la noticia de un secuestro donde se involucraba a media docena de argentinos y a un mexicano. Ningún hecho de esta gravedad había visto anteriormente implicados a extranjeros asilados en México y menos aún con una cobertura informativa que intentaba resaltar la plena y comprobada participación de militantes políticos argentinos.

Ningún pronunciamiento a favor o en contra podría en rigor hacerse hasta no conocer si los aparentemente inculpados son o no inocentes. Empero, a raíz de este acontecimiento, han aparecido signos policíacos y políticos que resultan sumamente preocupantes. El intento de incriminar a todos los argentinos exiliados, en particular, y a los latinoamericanos, en general, genera la sospecha de que se trata de crear una atmósfera antilatinoamericana en la opinión pública nacional, en lugar de esclarecer con seriedad un acto delictuoso.

Por la pertenencia a organizaciones y el realismo político de sus acciones, así como por el cuidado y ponderación que han puesto en sus actos, resulta inverosímil que alguna de las organizaciones argentinas llevaran a efecto la actividad de masas. Por otro lado, el país que ofrece asilo deviene, en un código político que históricamente se ha practicado en México y en otros países de América Latina, intocable. A más de todo esto, se está implicando en el hecho al PRI argentino, una organización cuyo programa y práctica política distan mucho de considerar practicables acciones heroicas o ejemplares.

Por anterior y por el carácter fragmentado y ghetificado y, por lo mismo, vulnerable del exilio argentino, es por lo que podemos sospechar que son otros los intereses en juego.

Aparentemente la noticia del secuestro perpetrado por seis argentinos y un nacional cae como rayo en cielo despejado. No lo es tanto, si tomamos en cuenta que en las últimas semanas se ha ido redondeando la política del actual gobierno republicano de Estados Unidos frente a Centroamérica y el Caribe y agudizado el enfrentamiento Este-Oeste.

Las posiciones tendientes a reforzar la pluralidad internacional y las vías de la negociación política para resolver los conflictos nacionales e internacionales, bajo tales circunstancias parecerían enfrentar nuevos obstáculos. Una revisión de la política mexicana de asilo hacia América Latina y de su posición frente a El Salvador, en Centroamérica y frente a Cuba, en el Caribe, puede estar en la mira del dogmatismo y la intolerancia de intereses, económicos y políticos de fuerzas nacionales e internacionales.